

Receptoras con el CIDEM, que en principio fue también el motor de la organización, se entró a cuestionar esas prácticas llegándose a una mútua autonomía. La historia se detiene en el 1991 y como la autora señala al redactar poco después las conclusiones, “nada permanecía igual (...). Entendí que este trabajo era útil en la medida en que dejaba constancia escrita de la situación del movimiento asociativo de mujeres, en un momento dado, como un eslabon de una cadena que se esfuerza por recoger el proceso de una sociedad tan compleja, tan rica y tan viva como es la boliviana”. La obra, con un enfoque de antropología histórica, también es un aliento importante a la visibilización y explicación de los nuevos escenarios públicos en que actúan las mujeres, las tramoyas que los mueven y cómo poco a poco unas y otras desde diferentes motivaciones se van incorporando al proceso en el que se convierten en sujetos políticos de sus propias vidas. Quedan aún muchos otros casos de movimientos de mujeres con sombras por iluminar y significados por develar, que la historia y la antropología deseamos atiendan en ese interés creciente sobre el género.

Lola G. Luna

González-Ripoll Navarro, María Dolores (1999) *Cuba, la isla de los ensayos. Cultura y sociedad (1790-1815)*, Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo, Nº 38, CSIC, Centro de Humanidades, Instituto de Historia, Madrid.

Con el sugestivo y poético título de *Cuba, la isla de los ensayos*, María Dolores González-Ripoll Navarro nos conduce a un terreno analítico de gran intensidad: los proyectos sociales y culturales experimentados por la región entre los años 1790 y 1815, y el sentido otorgado por dichas experiencias a aspectos centrales de la historia cubana como la consolidación de la plantación azucarera, la diversidad racial y el blanqueamiento de la población, el papel del reformismo ilustrado, el rol cumplido por los políticos, la constitución de redes sociales y familiares al compás de la definición del poder político, las instituciones puestas al servicio del azúcar.

No es nuevo el interés por los efectos que la producción azucarera causó en Cuba y la complejidad resultante en el mundo laboral del siglo XIX, en particular la constitución del régimen esclavista gracias a la aportación humana africana habilitada por la Real Cédula de 1789, y la escasa presencia indígena, todas ellas características que particularizan la isla y la diferencian de otras

experiencias coloniales americanas. Tampoco es nueva la búsqueda historiográfica en torno a los mecanismos utilizados por las élites coloniales para sostener el orden económico y social que unía a América con su metrópoli. Los historiadores han insistido en particular en la construcción de la “nacionalidad” cubana a lo largo del siglo XIX, es decir, en la inmediata etapa preindependentista, pero no han tratado con detenimiento los proyectos que reforzaron el vínculo colonial a finales del siglo XVIII. La originalidad del texto de González-Ripoll Navarro radica en rastrear los elementos “culturales” que dieron lugar al boom azucarero, en gran medida condicionados por el reformismo borbónico y por uno de sus representantes en la isla, el Capitán General Luis de Las Casas (1790-1796), aliado a grupos de poder locales. Como sostiene la autora, “el azúcar como centro de los intereses económicos de este grupo confirió unidad al mismo”, y el estudio de los avances culturales es básico para comprender la manera en que la oligarquía, influida por las ideas ilustradas americanas y el liberalismo, potenció las ciencias para sostener el mundo económico del azúcar. Por ello, su objetivo central es reconstruir la conformación del grupo, conformado por miembros nacidos en España y en Cuba, desentrañando fenómenos tales como la endogamia en la selección matrimonial, la construcción de “redes” familiares, y la perpetuación del grupo a través del control cultural. Esto le permite discutir el significado del proyecto del grupo criollo en relación a la dependencia generada con España, pero que en su momento significó la creación de una estructura de vanguardia con la ciudad de la Habana como eje central de un nuevo modelo metropolitano.

El capítulo cinco es particularmente interesante ya que la autora rastrea no sólo la constitución de las redes familiares al interior de los dueños de ingenios, sino que muestra la manera en que acceden al poder, consensuando modelos económicos con los representantes reales. Estudia en particular los casos de las familias O’Farril, Beltrán de Santa Cruz, Peñalver, Romay y Chacón, Arango y Parreño, Caballero, para mostrar que este grupo (más homogámico que homogéneo) dio lugar a una cultura ilustrada fundada en instituciones particulares. Hacendados, comerciantes, prestamistas y funcionarios constituyen un bloque de poder e intereses que la autora oscila en presentar con categorías tales como “élite”, “minoría”, “oligarquía”, “grupo burgués esclavista”, “sacarocracia”, aunque opta por el término más ligado a la participación política, el de “élite”, para hacer referencia al mundo científico. No es casual que el epígrafe que orienta su libro sea una cita de Medardo Vitier en la que afirma que “todo adelantamiento en lo intelectual y en lo moral es siempre obra de minoría”. Fiel a este principio teórico y metodológico (que la acerca a los postulados más clásicos de Wright Mills), la autora estudia los proyectos y debates al interior del Real Consulado de Agricultura y Comercio de La Habana y de la Sociedad Patriótica, presidida por Las Casas, cuyo principal medio de difusión fue el *Papel Periódico de la Havana*. Ambas instituciones muestran un circuito de gestión hegemonizado por la élite.

La autora analiza en particular el *Discurso sobre la Agricultura y el Fomento de la isla de Cuba*, presentado por el ilustrado cubano Francisco Arango y Parreño en 1792, y en el que el autor enunciaba los males que aquejaban a la isla para impedir su despegue económico. El azúcar, afirma la autora, “actuó no sólo como motor económico sino también como impulsor de la ciencia y la técnica”. Con estos elementos, propios de una historia interesada en el mundo de las ideas y de las ideologías, González-Ripoll Navarro desenmascara las claves del pensamiento y actuación del grupo en su conjunto, insistiendo en la importancia de los proyectos pedagógicos que habilitaron el nuevo orden económico fundado en el fomento de la producción azucarera a través de la química, la física, las matemáticas, la historia natural, la medicina, la botánica y la ingeniería. La creación de escuelas gratuitas fue uno de los canales de potenciación científica y didáctica, acompañadas de bibliotecas y sociedades benéficas.

Si bien se echa en falta una reflexión conclusiva, el último capítulo constituye un cierre idóneo en torno al proyecto criollo para el fomento cubano, que se acompaña de apéndices documentales en los que aparecen individualizados tanto los suscriptores del *Papel Periódico* como los socios de la Sociedad Patriótica entre los años 1793-1795.

Gabriela Dalla Corte

Himelda Ramírez María. *Las mujeres y la sociedad colonial de Santafé de Bogotá –1750-1810–*, Bogotá, ICANH, 2000

Ser mujer sola y pobre en Santafé colonial es quizá la máxima expresión de invalidez concebible; seguir el rastro de esas mujeres fue una tarea ardua acometida por María Himelda Ramírez, felizmente culminada con la presentación de su libro.

Para examinar el discurrir de la vida de las mujeres santafereñas en los últimos sesenta años del período colonial, precisar su ubicación social y espacial y las tensiones que su existencia suscita, la autora propuso cinco escenarios: el de la niñez, el de la educación, el del trabajo, el de la transgresión y el de la enfermedad y la muerte. Esos espacios, abarcados en cinco capítulos, le han permitido adentrarse en la experiencia vital de esa parte mayoritaria de la población -el 59,05% según el censo de 1778- en la cual prevalecen las “libres de